

El ensayista más leído

GREGORIO SALVADOR

Cabe predecir, con toda probabilidad de acierto, que en las historias literarias del futuro, cuando se exponga y se analice la segunda mitad de nuestro siglo, ¡ antes de ese capítulo misceláneo que los historiadores de la literatura suelen dedicar a lo que llaman, vagamente, "ensayo, pensamiento, crítica", habrán tenido que destinar uno entero —y bien extenso— a analizar la obra de Julián Marías. Porque Julián es uno de nuestros grandes escritores vivos e, igual pasado el tiempo que ahora mismo, ocurra lo que ocurra, habrá de merecer, sin lugar a dudas, un capítulo aparte. Me gustaría que en ese capítulo —dado que sólo va a cumplir por ahora ochenta años y que aún le quedan; muchos años para vivir y muchas cosas por hacer y acaso haya tiempo de que, aparte estos homenajes amistosos y la proclamada gratitud, personal de tantos y tantos lectores, pueda recibir otros galardones, que bien se ha ganado, y/ el reconocimiento oficial de su preeminencia—, me gustaría, digo, que en ese capítulo no se tuviesen que hacer cruces, retrospectivamente, de que figura tan señera no hubiese recibido ninguno de los grandes premios literarios de España, ni siquiera el Nacional de Ensayo, que eso ya hasta parece una broma, de increíble que resulta. Hace pocos años formé yo parte del jurado de ese premio y Marías había publicado, como casi cada año desde hace medio siglo, uno, de los suyos, profundo, como le es habitual, claro, como le es consustancial, espléndido, como no podía ser menos. A mi juicio, desde luego, el mejor de los que habían sido propuestos a la consideración final del jurado. Así traté de hacerlo ver, pero sobre todo, argumenté, mi deseo es que se le hiciera, por fin, justicia a quien tan reiteradamente se le había negado.

Con la lista de libros y autores premiados, desde 1942 ó 1943, en que se creó el premio, hasta la fecha, que me facilitaron allí mismo en el Ministerio de Cultura, en una mano, y un índice cronológico de las publicaciones de nuestro autor, en la otra, hice un cotejo que resultaba, como ahora se diría, alucinante. En los años en que habían aparecido obras señaladas, conocidísimas, de Marías, las más leídas e influyentes, obras reeditadas, presentes y actuales, muchas de ellas traducidas, comentadas, constantemente citadas, el Premio Nacional de Ensayo había recaído en autores olvidados, desconocidos incluso para todos los allí presentes, en libros sin ningún relieve y aun menos lectores, trabajos eruditos acaso, sin dimensión alguna, publicaciones circunstanciales, libros laudatorios, colecciones inconexas de Artículos y dosas de este jaez. He de reconocer que algunos me escucharon con atención, incluso con muestras de asentimiento. Pero no hubo modo: al final se quedó únicamente con mi voto. Y acabo aquí la historia, porque más vale que no entremos ahora en detalles.

En ese previsible manual futuro se dirá que, no obstante la falta de reconocimiento oficial a su excelencia, Marías fue el ensayista más leído en esta segunda mitad del veinte y que, si no contó con el voto de los consabidos jurados, gubernamentales o no, sí disfrutó del aplauso de incontables y adictos lectores, que lo seguían en la prensa y aguardaban, ansiosos, cada libro suyo, generaciones renovadas de lectores que propiciaban la reedición de muchas de sus obras, su relectura constante. Los libros de Marías no se compran para luego arrinconarlos, sino para retomar a ellos, de tanto en tanto, porque se recuerdan y se necesita, de pronto.» aquella impresión, aquella aclaración, aquel consejo. Y ese manual futuro se preguntará quiénes eran

esos entusiastas de Julián Marías y por qué lo leían, qué es lo que hallaban en él y si era el escritor o, más bien, el pensador, el que esencialmente los atraía.

Trataré de contestar yo, anticipadamente, a esa pregunta. Por lo pronto soy lector de Marías desde hace cuarenta años más o menos. Y nunca me ha cansado; creo que lo he ido leyendo cada vez con más gusto, que no me deslumbre al principio» pero que me ha ido llenando de taz. Conozco otros muchos lectores suyos. Y les he preguntado a algunos, estos días atrás. Con matices personales, casi todos han coincidido en lo esencial. Es un escritor claro, que se entiende. Escribe con palabras de diccionario, no con términos de jerga profesional. Es totalmente ajeno a cualquier tentación de pedantería, a cualquier alarde de erudición innecesaria, y su prosa discurre sin afectación, va derechamente a su objetivo. Y eso las mentes ordenadas lo agradecen. Está en el polo opuesto al famoso "oscurecimiento" dorsiano. Marías es un amante decidido de 3a claridad. Es el discípulo más directo de Ortega, a quien prolonga, interpreta y desarrolla y, siendo Ortega tan deslumbrante escritor, acaso el más brillante prosista de nuestra literatura, no lo sigue en el estilo, no se demora en las imágenes, no se pierde en el hallazgo metafórico o en el ingenioso retruécano, sino que atempera su discurso, opta por la expresión directa, busca la palabra adecuada y consigue una prosa diáfana, trasparente, sin dibujos ni relieves extraños, un discurso eficaz que nos conduce directamente al meollo del mensaje que nos quiere transmitir. El estilo de Marías no entusiasmo ni deja de entusiasmar, simplemente convence. Lo importante es lo que dice y lo que el lector piensa es que no se puede decir de otra manera. ¿Cabe mayor maestría literaria?

Me lo explica muy bien mi hija mayor, que es la lectora más insistente y asidua de Marías que conozco. Lo es también de otros autores, lee mucho desde siempre. Tiene ahora treinta y ocho años y es médico en un pueblo del sudeste peninsular. Lo empezó a leer a los once años:

sus crónicas de cine (el cine a ella la encantaba). Lo entendía plenamente, orientaba sus gustos, la ayudaba a pensar. Empezó a leer sus libros, los que yo tenía, y la filosofía que sabe, de él procede. Le hizo accesible el mundo intelectual, que no era ese ámbito misterioso, expresado en lenguaje esotérico, que le ocultaban otras lecturas, sino el mismo mundo que ella conocía, la dimensión vital de ese mundo. Un mundo del que forma parte también la ficción literaria o la cinematográfica. Le daba expresión a sus propias intuiciones; le desenredaba, desde la fluidez de su prosa, la intrincada madeja de sus personales reflexiones. Y casi siempre coincidía con sus gustos, confirmaba sus impresiones sobre las últimas películas contempladas, la reafirmaba en sus preferencias literarias, le explicaba la razón de sus fervores galdosianos o de su irrefrenable afición a Simenon. "No se debía hacer distinción entre géneros literarios, a la hora de los premios —me dice—. ¿Cuándo le van a dar el Cervantes a Julián Marías?" Es uno de los candidatos de la Real Academia Española y también lo ha sido de alguna de las americanas, porque es algo más que un intelectual de España, es un extraordinario; escritor en lengua española, uno de los de mayor difusión en la totalidad del mundo hispánico, una mente lucida y una pluma clara. Nadie sobra, a mi juicio, en el panel de los premiados, pero algunos faltan y acaso el primero Julián Marías, si sopesamos la deuda contraída, lo que él ha dado y lo que, a cambio, ha recibido. Ya no tendrían que extrañarse tanto de la descompensación esos historiadores literarios del siglo XXI o del XXII o del XXIII. Todo sería más justo. Y yo desearía vivir con él esa mañana abrileña, que imagino, donde podríamos oírle, en el paraninfo de la Universidad de Alcalá, las palabras exactas sobre Cervantes y esta lengua que hablamos que posiblemente nos tiene guardadas para tal ocasión. Él merece esa gloria y España se la debe.